

GUERRA Y SOCIEDAD ENTRE LOS ETRUSCOS*

Resumen: En el mundo etrusco se observa la existencia de diversas formas de organización militar, que guardan una estrecha relación con los ordenamientos aristocráticos y urbanos. En algunos casos, la formación de ciudades con sistemas políticos isonómicos propició el desarrollo de ejércitos hoplitas; la organización heroica, en cambio, persistió en ocasiones, aunque adaptada al marco urbano.

Abstract: In the Etruscan world we can observe the existence of several forms of military organization, which keep a close relation with the urban and aristocratic codes. In some cases, the making of cities with isonomic political systems made possible the development of armies of hoplites, whereas the heroic organization, adapted to the urban set up though, remained at times.

La tradición clásica nos ha legado del mundo etrusco dos imágenes eminentemente contradictorias (Adam, A.M. - Rouveret, A. 1990); la primera de ellas se registra concretamente en la *Eneida* de Virgilio (XI 732) y posee una impronta decididamente militar; los etruscos ayudan a Eneas como especialistas en la guerra y en este contexto se nos presenta a Tarchion como un jefe de una tropa de elite. En claro contraste, Tito Livio (V 1) describe a este mismo pueblo como la *gens ante omnes alias (...) dedita religionibus*.

Se trata de dos estereotipos elaborados por la tradición antigua que han tenido su proyección en la correspondiente historiografía moderna, que o bien reitera de forma pietista estas consideraciones, o bien intenta reconocer de forma simplificadora en esta sociedad funciones estructurales vinculadas a esquemas previamente establecidos para el mundo protohistórico y antiguo; precisamente, esta perspectiva le permitió a G. Dumézil en su exégesis trifuncional del poema virgiliano considerar a los etruscos como los representantes de la función guerrera dentro de la estructuración tridimensional indoeuropea.

Consideramos que una aproximación a las relaciones entre guerra y sociedad en el mundo etrusco debe, de un lado, rechazar semejantes concepciones que elaboran en cualquier caso categorías parciales, abstractas y, en consecuencia, ideales y al margen de la propia realidad histórica; y proponer, en cambio, su estudio a partir de otros esquemas explicativos presentes asimismo en ámbitos distintos de la cultura clásica.

Concretamente, Aristóteles contrapone claramente la existencia histórica de tres formas diversas de organización militar, de las que la primera está constituida por el tipo de organización de la época heroica a la que le adscribe un tipo de armamento, de combate y de ideal propio de las aristocracias arcaicas, que protagonizan auténticos duelos personales; el segundo corresponde a la falange hoplítica adscrita a las nuevas estructuras políticas y sociales de la polis tanto en su versión oligárquica

* Este artículo tiene como base la conferencia dictada en el Curso de Verano de la UPV/EHU dirigido por los Prof. Pilar Ciprés y J. Santos en San Sebastián (1993)

con el título «Guerra y sociedad en el Mediterráneo en la Antigüedad».

como democrática, con sus valores de disciplina, de igualdad y de orden; el último implica la decadencia de los valores cívicos y está constituido por el mercenariazgo engendrado por los avances de la técnica guerrera, por la pobreza y por el mercantilismo generalizado, por la crisis de la ciudad-estado y por la formación de los imperios (Garlan, Y. 1972).

Semejante modelo explicativo está elaborado, obviamente, a partir de la propia experiencia griega y esquemáticamente puede considerarse que corresponde como elementos dominantes a los tres periodos históricos que se suelen constatar en la evolución griega del primer milenio, como son el mundo aristocrático de la época oscura, el mundo de las ciudades-estado del periodo arcaico y clásico y, finalmente, la formación de los imperios a partir de la crisis y superación del mundo atomizado de las *póleis*.

Obviamente, los parámetros cronológicos y espaciales en los que se enmarca el mundo etrusco impiden proyectar en el mismo el tercero de los elementos de la caracterización aristotélica, ya que la presencia en esta cultura de realidades por encima de la ciudad, como la propia liga etrusca, no obedece al modelo imperial que fomenta el mercenariazgo.

Con las peculiaridades propias de la evolución de las distintas zonas que conforman la cultura etrusca, semejante esquema evolutivo puede rastrearse en las tres grandes etapas de la evolución histórica que usualmente se pueden individualizar dentro de esta civilización como son concretamente el periodo de la cultura villanoviana de los siglos IX y VIII a.C., el mundo orientalizante del VIII, VII a.C. y, finalmente, la propia realidad de las ciudades-estados de los siglos inmediatamente posteriores, que se proyecta hasta la conquista e integración por parte de Roma en un proceso que comienza a desarrollarse a partir de los inicios del s. IV a.C. con la guerra contra la vecina ciudad de Veves.

1. LA ETAPA VILLANOVIENSE

Conocida es la importancia que posee en la Península italiana el desarrollo de la cultura villanoviense con sus típicas urnas funerarias en la transformación de la cultura prehistórica del bronce final y en la difusión de la cultura del hierro.

No entraré en la delimitación de los elementos materiales que definen este ámbito cultural, ampliamente analizado desde el s. XIX; permítanme, en cambio, reseñar la existencia en estos siglos, en los que se produce en la Península Italiana una importante fragmentación de la uniformidad de la Cultura Apenínica proyectada en la tradición literaria en la heterogeneidad de pueblos que se nos constata en los inicios de la historia, de tres fenómenos históricos que sirven para contextualizar el tema que nos ocupa.

El primero está constituido por la intensificación del proceso de sedentarización de las comunidades humanas ya presente en la etapa precedente del protovillanoviense, con el consecuente abandono del tipo de economía ganadera y de la pertinente trashumancia que ha dominado el panorama de la Cultura Apenínica del Bronce Final; este proceso de sedentarización lleva aparejada la necesidad de controlar un territorio concreto, que proporciona los medios necesarios de subsistencia a las correspondientes comunidades; la consecuencia lógica de semejante transformación histórica está constituida por el desarrollo de conflictos que dirimen las diferencias por el control de un territorio concreto o de determinados recursos.

El fenómeno posee un significado especialmente relevante dada la constatación en la correspondiente implantación territorial de una intensidad de poblamiento, que ha permitido a M. Torrelli (1984) aludir a la existencia de una colonización interna, que en ningún caso debe entenderse como unitaria ni en el tiempo ni en el espacio, ni generada por un único epicentro.

Este proceso, documentado arqueológicamente, debe de relacionarse con la existencia de noticias fragmentarias proporcionadas por una serie de escritores, que viven en el periodo comprendido desde el s. II a.C. al último de los etruscólogos antiguos de prestigio, el propio emperador Claudio; nos referimos concretamente a Varrón y especialmente a Verrio Flaco, pedagogo de los príncipes herederos de Augusto, Cayo y Lucio César, y autor de unos *Etruscarum rerum libri*, donde se recogían noticias de Catón y del volterrano Aulo Cecina.

Concretamente, Verrio Flaco (*Etruscarum rerum libri*, fr. 1 P) menciona que las tradicionales doce ciudades de Etruria en sentido estricto habrían sido obra del hijo del rey Tirreno, Tarconte, héroe epónimo de Tarquinia, y el mismo etruscólogo considera a Tarconte como el fundador de las doce ciudades de la Etruria padana. Más adelante anotaré el significado y el contexto histórico en el que debe inscribirse el desarrollo de la liga etrusca presente ya en esta referencia; tan sólo avanzaré que en esta concepción historiográfica de creación de ciudades por héroes epónimos, de *ktisis* utilizando la terminología griega, se reflejan tanto la intensidad de esta colonización interna como la primacía de Tarquinia y de la Etruria meridional en el fenómeno expansivo, en un contexto documental plenamente coincidente con los datos arqueológicos relativos a la cultura villanoviana.

Este proceso de «colonización interna» se materializa en nuevas formas de hábitats que están conformadas por pequeñas aldeas con chozas en forma de cabañas, que prolongan una dinámica histórica ya presente en la etapa protovillanoviense, en la que se constata una clara disminución de las dimensiones de las cabañas del Bronce final que pasan desde 42 × 4 en las fases de Luni Sul Mignone a una planta de 13 × 7 en Tarquinia durante los inicios de la Edad del Hierro.

El cambio no es ajeno a determinadas transformaciones sociales en el interior de estas comunidades y resulta sumamente significativo el hecho de que en algunas aldeas comiencen a apreciarse en esta etapa diferencias en el tipo de hábitats, que en el caso de Luni Sul Mignone, en la zona minera de los Monti della Tolfa, han permitido individualizar una gran construcción protovillanoviana, en parte excavada sobre la roca y en parte construida con bloques, que con posterioridad será objeto de culto y que según M. Torelli (1988) puede cumplir la función de *anáktoron*, es decir, de residencia del incipiente «soberano» de la aldea.

Estrechamente relacionado con estas modificaciones en el tipo de hábitat se encuentra el último de los elementos que queremos reseñar, cual es el de la formación de la aristocracia etrusca; el fenómeno se encuentra constatado arqueológicamente en las necrópolis⁸⁶, donde a partir especialmente del s. VIII a.C. se observa el aumento progresivo de los materiales que se documentan en los ajuares de determinadas tumbas.

La aparición y consolidación de esta aristocracia en el interior del mundo etrusco se encuentran relacionadas con el proceso que anteriormente reseñábamos, es decir, con los conflictos que genera el proceso de sedentarización en ámbitos tales como el control territorial y de los correspondientes recursos; en este sentido, creo que podemos aceptar que el modelo distribuidor de riquezas que se nos ofrece en los poema homéricos de la mejor y mayor parte del botín (*géras*) para el jefe y de partes iguales (*moîrai*) para los que le acompañan, constituye un punto de obligada referencia.

Pero, en este proceso debemos de reseñar asimismo la incidencia del desarrollo de los intercambios favorecidos tanto por griegos como por fenicios; en este sentido, hemos de tener en cuenta que a una primera fase de contactos precoloniales entre fines del s. IX y los primeros veinticinco años del s. VIII, en los que sólo se constatan algunos productos griegos, esencialmente cerámica, en Veyes, Cumas y Capua, le sucede una segunda fase caracterizada por el establecimiento del *empó- rion* griego y la consecuente diversificación de los puntos de contacto.

Dentro de estas coordenadas históricas debemos enmarcar los datos específicos que poseemos sobre la panoplia villanoviana y sobre las proyecciones demográficas y sociales de la actividad mili-

tar y de sus correspondientes reclutamientos. Dos precisiones previas queremos hacer constar; ante todo, que nuestras bases documentales, en ausencia de referencias literarias directas o extrapolables, proceden exclusivamente de la información que nos proporcionan las necrópolis villanovianas que, dado su carácter incinerante, poseen fuertes limitaciones en lo que se refiere a la información que pueda extraerse de sus escasos ajuares.

La segunda se refiere a la profunda heterogeneidad que en este aspecto se observa en el mundo etrusco y que no es más que la consecuente proyección de la diversidad que se observa en él en estos momentos y que ha permitido diferenciar las cuatro áreas conocidas, definidas geográficamente como centro-meridional, centro-septentrional, campana y padana. Concretamente y por citar uno de los elementos diferenciadores, G. Mansuelli (1968) reseñó la ausencia de aparato defensivo alrededor del hábitat en la zona de Emilia, lo que contrasta con la realidad apreciable en Tarquinia y Veyes donde el armamento presente en las necrópolis es mucho más abundante y donde parece atestiguar una mayor actividad guerrera.

Con estas salvedades, la panoplia villanoviana presente en las correspondientes necrópolis se compone de un casco de bronce o de cuero, un escudo de madera, excepcionalmente de bronce, un pectoral, una espada corta/puñal, lanza de hasta y diversos accesorios.

Obviamente, este tipo de armamento condiciona la forma de combate, pero los distintos elementos que lo conforman son indicativos de una cierta evolución en la que la lanza, propia de la emboscada, convive con elementos defensivos como el casco o el escudo, que pertenecen a formas de lucha más organizada. Sin embargo, el elemento que debemos reseñar por su especial significado está constituido, como anota Ch. Saulnier (1980), por el hecho de que tan sólo tumbas excepcionales en el contexto de las necrópolis nos proporcionan la panoplia completa, como ocurre concretamente en Veyes con la tumba 2073 o en Tarquinia con la 1004, 1021, 1027, 1031 y 1033.

Este fenómeno, que en principio nos remite a uno de los elementos contextualizadores que reseñábamos anteriormente, como es el de la formación de la aristocracia, adquiere su pleno significado si lo relacionamos con la proyección demográfica de los reclutamientos en el interior de estas comunidades protourbanas y con las diferencias sociales que se aprecian en los ajuares. Concretamente, en el estudio realizado por el mencionado Ch. Saulnier (1980) en las necrópolis de Tarquinia y de Veyes sobre un total respectivamente de 318 y 587 tumbas, contenían armas 48 en Tarquinia y 94 en Veyes, lo que representa una proporción de guerreros casi semejante del 15% y del 16% en cada una de las correspondientes necrópolis. Este dato es relevante tanto en el contexto de la población masculina movilizable como en relación con las peculiaridades mencionadas anteriormente de que tan sólo un exiguo número de estas tumbas aporten en su correspondiente ajuar la panoplia completa villanoviense.

En esta misma perspectiva, la proyección social de estos datos cuantitativos se aprecia de forma especial si nos atenemos a los aspectos cualitativos de los ajuares, es decir, a los elementos indicativos si no de riqueza, dado el contexto protohistórico en el que nos movemos, sí de prestigio. En este sentido, tan sólo algunas tumbas de Tarquinia y de Veyes poseen un armamento especialmente relevante, residiendo esta peculiaridad en la presencia de escudos y pectorales de bronce y en la constatación en algunas de ellas de bocados de caballo.

Precisamente, la proyección en el tiempo de estos elementos indicativos de prestigio demuestra una clara evolución, ya que tan sólo se constata en el periodo villanoviano II en la zona padana y en el Villanoviano IIb en las ciudades de la Etruria meridional, es decir, en el momento inmediatamente anterior al desarrollo de la cultura orientalizante. Su significación histórica se aprecia especialmente si tenemos en cuenta que en las fases iniciales de la cultura villanoviense tales contrastes de riqueza-prestigio son inexistentes.

En consecuencia, nos encontramos con que de forma paralela a la evolución de la cultura villanoviana se constata la presencia de dos fenómenos que se desarrollan simultáneamente; el primero de ellos está constituido por la formación de una aristocracia vinculada al proceso de sedentarización y del consecuente control del territorio y de sus recursos; el segundo está conformado por la aparición de nuevos elementos en la panoplia militar de carácter eminentemente defensivo, como el casco o el escudo, que implican una cierta transformación en la táctica de la emboscada existente con anterioridad.

Resulta especialmente reseñable que sean precisamente estas armas eminentemente defensivas y, en consecuencia, abocadas a nuevas tácticas de combate las que como elementos de prestigio se constatan en un número reducido de tumbas; de esta forma, consideramos que existe una clara relación en el proceso formativo del mundo etrusco entre el surgimiento y consolidación de su aristocracia y los nuevos instrumentos de combate; la presencia de los bocados de caballo revelan por lo demás el contexto de hipotrofia en el que se desenvuelve el proceso.

2. LA ETAPA ORIENTALIZANTE

Como subraya M. Torelli (1984), el triunfo de la mentalidad y de la organización de la aristocracia etrusca se celebra en el desarrollo local de la cultura orientalizante en el periodo comprendido entre el 730 y el 580; la unión de estos dos fenómenos es tan intensa que dio lugar a la teoría de la identificación entre «llegada de la cultura orientalizante» y la «llegada de los etruscos». Hoy en día sabemos que la cultura orientalizante es un fenómeno bastante complejo, de raíz en principio griega, que se produce por el continuo desarrollo económico de algunas áreas de Grecia y por el secular contacto entre mundo helénico y oriental; de esta forma, el orientalizante etrusco es incomprendible sin la cultura de Creta, sin la de Corinto y sin la influencia euboico-cicládica.

La moda orientalizante se proyecta en la fastuosidad de la aristocracia que gusta rodearse de monumentos y de bienes de prestigio tanto en vida como en la muerte; entre los monumentos hay que destacar los colosales túmulos del s. VII, diseminados en el valle del Arno y del Tiber y a lo largo de la costa tirrénica, y los palacios construidos entre la mitad del s. VII y los últimos decenios del s. VI a.C.

Precisamente, las características diferentes, pese a seguir modelos del Próximo Oriente, que revisten los dos palacios mejor conocidos hasta el momento, el de Murlo y el de Acquarossa, deben ser reseñadas como indicativos de un fenómeno de mayor envergadura en el que se encuentran inmersos, como es el del desarrollo del proceso de urbanización (Torelli, M. 1988).

El primero de estos palacios, es decir, el de Murlo se data a mediados del s. VII a.C. y se encuentra cerca de Siena; en cambio, el de Acquarossa en Viterbo se data en un momento inmediatamente posterior de fines del mismo siglo. Ambos difieren tanto por su ubicación como por sus características. El palacio de Murlo se encuentra ubicado en un contexto no urbano, sobre un altiplano dominando la campiña circundante; en cambio, el de Acquarossa está inserto en un centro habitado, rodeado por otras casas de menor relevancia urbanística.

La complejidad de estas residencias palaciegas guarda relación con el contexto en el que se ven inmersas, ya que, frente a la enorme complejidad del palacio de Murlo, el de Acquarossa posee una mayor simplicidad, mientras que en el ámbito estrictamente decorativo y, en consecuencia, cultural, se observa un fuerte contraste, ya que en Murlo todo gira en torno a la divinización de los ancestros, y en Acquarossa se observa la presencia de escenas hoplíticas y de temas relativos a los trabajos de Hércules afectos al proceso de heroización de la aristocracia, que posee su contrapunto

en la presencia en las proximidades del palacio de un templo diferenciado en su articulación urbanística.

El contraste, que posee su paralelo en el paisaje funerario en la unificación en una sola necrópolis de las distintas existentes con anterioridad, como ocurre concretamente en Veyes, puede considerarse como paradigma del proceso que desemboca en la urbanización del mundo etrusco a través de fenómenos sinecistas, que debe considerarse como el proceso dominante al menos en la Etruria propiamente dicha.

No queremos extendernos más en estos aspectos contextualizadores; pero permítanme que reseñe otros elementos que definen la etapa orientalizante de la cultura etrusca. Me refiero, concretamente, a las nuevas relaciones sociales que se generan y a la asimilación de determinados conocimientos técnicos, que se difunden durante los siglos orientalizantes.

Dos elementos estrechamente relacionados definen el nuevo marco de relaciones sociales de los siglos VIII y VII a.C.; el primero de ellos está constituido por la consolidación, constatada epigráficamente, del ordenamiento gentilicio propio de la aristocracia; conocido es que el sistema onomástico etrusco se encuentra conformado, en contraste con el griego, por dos elementos de los que el primero está constituido por el nombre individual y el segundo por el gentilicio, que no es más que un derivado del patronímico; por citar un ejemplo debemos interpretar Aule Marcenas como «Aule hijo de Marte».

La implantación del sistema, al igual que otros fenómenos que afectan a la totalidad del Mundo Etrusco, no se constata de forma sincronizada; de cualquier forma, la documentación epigráfica de Caere pone de manifiesto que en la primera mitad del s. VII sobre treinta textos epigráficos sólo seis presentan la fórmula de dos elementos, mientras que en la segunda mitad del mismo siglo la proporción aumenta decididamente hasta alcanzar una relación de treinta sobre treinta y nueve (Torelli, M. 1984).

Este sistema gentilicio, que poco tiene que ver con las realidades prehistóricas o con la concepción evolutiva elevada a categoría universal por la concepción morganiana, posee una doble implicación en el orden social y en el económico; socialmente, su trascendencia debe de relacionarse con el poder férreo del *pater familias* aristocrático; en el plano económico, implica la presencia de una nueva realidad diferenciada cualitativamente de aquella acumulación de bienes, propia de la etapa orientalizante, que proporcionan esencialmente prestigio; me refiero concretamente a la aparición del *heredium*, es decir, de una realidad productiva de la que, como reseña M. Torelli (1988), es señor, es decir, *heres*, el jefe de la estructura familiar confundido con el *pater familias* aristocrático.

La presencia de clientes dependientes, reseñados en las referencias de Dionisio de Halicarnaso (IX 5, 4) relativas a Veyes a comienzos del s. V a.C., y por Zonaras (VIII 7) en el *Bellum Servile* de Arezzo en la primera mitad del IV, constituye el otro elemento de este marco de relaciones sociales; precisamente, W.V. Harris (1957) y J.R. Jannot (1985) han propuesto, especialmente a partir de la asimilación en el texto de Dionisio de Halicarnaso de los siervos etruscos a los *penéstai* tesálicos, individualizar la posición social de estas poblaciones, dependientes de la aristocracia y sometidas al poder omnímodo del *pater familias*, en el contexto de ese marco que en el *Onomasticon* de Pólux quedan definidos como *metaxý eleuthérōn kai doulōn*.

El último de los elementos que queremos reseñar, como marco de referencia de la etapa orientalizante, está constituido por la asimilación de innovaciones técnicas, que afectan a los diversos planos en los que se materializa la organización del mundo etrusco; de esta forma, en el orden estrictamente económico se produce el desarrollo de la olivicultura y la aparición consecuente de grandes contenedores del tipo dolias y ánforas, decorados en estilo subgeométrico; en el urbanístico, se asimilan nuevos elementos constructivos que afectan tanto al mundo de los vivos como al

paisaje funerario; y en el cultural, pero con proyección en otros ámbitos organizativos, se produce la difusión de la escritura, en la que se han podido diferenciar tres sistemas.

Las innovaciones afectan asimismo al orden militar; en esta esfera el hecho esencial está constituido por la transformación de la panoplia villanoviense, que analizamos anteriormente, mediante la incorporación de nuevos elementos de los que unos están relacionados con la organización hoplita y otros son ajenos a la misma, debiéndose buscar su procedencia en ámbitos orientales.

La modificación básica está constituida por la sustitución del bronce por el hierro; en adelante, el bronce queda relegado a la ornamentación y excepcionalmente a la fabricación de armas ofensivas. Precisamente, en relación con este tipo de armas, el análisis de los ajuares y de la iconografía, realizado por Ch. Saulnier (1980), pone de manifiesto la multiplicación de la lanza, que se convierte en el arma esencial a veces combinada con las flechas, mientras que en la espada se observa una importante transformación con la decidida sustitución de la espada larga por la corta.

De mayor complejidad resultan las modificaciones que se observan en el armamento defensivo. En este aspecto, debemos reseñar ante todo la persistencia en esta etapa orientalizante del tipo de escudo que constatamos en el periodo villanoviense de forma circular y con el mismo tipo de decoración, conformada por motivos geométricos y frisos de animales o flores. No obstante, debemos reseñar un elemento de especial relevancia social como es el del contraste que se observa entre la amplia difusión que debieron tener los escudos fabricados con materia perecedera y el restringido número de ellos elaborados en bronce que se documenta tan sólo en determinadas tumbas; si a ello unimos, además de su posible carácter apotropaico, su significado como elemento decorativo y de prestigio en el contexto de las tumbas ya presente en el periodo villanoviano, tenemos un claro exponente de sus implicaciones sociales.

Las innovaciones que se producen afectan ante todo a la introducción de algunos de los elementos que conforman la panoplia hoplítica griega; debemos subrayar que no se adopta la panoplia completa, sino tan sólo algunos elementos de los que el más relevante está constituido por el casco corintio; la cronología estipulada por A.M. Snodgrass (1965) para su evolución tipológica permite datar su introducción a partir del s. VII; la difusión de este elemento defensivo no afecta a la globalidad de los que militan activamente, sino tan sólo a un sector restringido, que obviamente debemos identificar con los sectores aristocráticos.

Pero junto a ella, la asimilación orientalizante más reseñable está constituida por la introducción del carro que se documenta en las necrópolis a través de las tiras de hierro que sirven de cubierta a las ruedas de madera. Como es conocido, la utilización del carro, en el contexto de unidades de combate o de transporte para la acción militar, era ajeno a la panoplia hoplítica, pero había tenido una amplia difusión en el mundo oriental y en el mundo micénico hasta que la difusión de las unidades de arqueros montados a caballo vuelven inoperante su función incluso en el mundo oriental a partir de los siglos VIII-VII a.C.

Un hecho queremos especialmente destacar; se trata de la clara relación entre la existencia de unidades de carros y la complejidad burocrática que poseen los estados del Próximo Oriente en los que operan. El contraste es evidente con Etruria en tanto que en el periodo en el que se documenta su presencia, es decir el s. VII a.C., no existe un tipo de organización análoga, que explicase la reiteración de la misma función que desempeñaban en su lugar de procedencia.

Por ello, consideramos que su introducción en el contexto de la aceptación de la moda extranjera propia de la cultura orientalizante posee el mismo significado social que anteriormente reseñábamos para los cascos corintios; elementos de prestigio, su utilización por parte de la aristocracia le permite reforzar los signos materiales de su propia autoridad; desde esta perspectiva, su legado a la pompa triunfal romana resulta eminentemente gráfico.

Este significado es coherente con el marco social propio del periodo orientalizante, que ve consolidarse a la aristocracia etrusca con su propia organización gentilicia de la que forma parte la población dependiente de los clientes. Precisamente, este contexto nos permite hablar de la formación en este periodo de ejércitos gentilicios o de clanes, cuya proyección documental puede rastrearse tanto en determinadas representaciones iconográficas, como puntualmente en algunas referencias de la tradición literaria.

Dentro de las representaciones iconográficas, J.R. Jannot (1985) ha llamado la atención sobre la existencia de emblemas específicos en las marchas militares representadas en determinados vasos; tal ocurre con el *oenochoe* de Tragliatella datado en el 630 a.C.; en él se constata la presencia de una formación hoplita de siete hombres que marchan detrás de su jefe identificado como Mamarce, tras la que marcha un individuo que porta el emblema; lo importante a destacar es el hecho de que los siete hoplitas llevan un escudo con el mismo emblema, que está constituido por un jabalí; el hecho contrasta con el *olpé* de Chigi donde todos los escudos llevan emblemas diferentes y deben de ser identificados como expresión de su propia naturaleza de ejército gentilicio.

No se trata de la única representación de este género; en el mismo sentido, debemos interpretar el *oenochoe* corintio de Toronto donde todos los combatientes, al margen de que porten lanzas, espadas o hachas, llevan el mismo emblema en los escudos, constituido por la cimera de un casco; el hallazgo en Vetulonia de un conjunto de cascos de bronce datables hacia el 500 a.C. con el mismo gentilicio grabado sobre el borde puede constituir una proyección más allá de los límites del periodo orientalizante del tipo de conformación militar, que caracteriza a este periodo en el mundo etrusco.

Sin embargo, es la propia tradición literaria, pese a los anacronismos que están presentes en la información que la analística romana nos ofrece sobre estos tiempos heroicos, la que nos puede ilustrar de una forma más gráfica el proceso al que aludimos. Me refiero concretamente al episodio que los *Fabii* protagonizan en Cremera frente a la ciudad etrusca de Veyes en el 477 a.C.

Es cierto, como recientemente anota J.C. Richard (1989), que la información que al respecto nos conservan Livio (II 48, 8-50) y Dionisio de Halicarnaso (IX 15, 2) se encuentra fuertemente idealizada, al igual que otras *Gestae* de la aristocracia europea de época posterior; sin embargo, pese a la instrumentalización que del tema se hace a fines de la República Romana, creo que el texto de Livio (II 48) resulta especialmente significativo; afirma el analista «en esta situación, la *gens* Fabia se presentó en el Senado. El cónsul habla en nombre de la familia: “Como sabéis, senadores, la guerra de Veyes exige una fuerza permanente, no grande. Ocupaos vosotros de las otras guerras. Dad los de Veyes como enemigos a los Fabios. Nosotros garantizamos que estará defendido allí el honor del nombre de Roma. Tenemos el propósito de llevar adelante esa guerra nuestra como un asunto de familia, a nuestra costa; que la República se ahorre en ella soldados y dinero”».

No es el momento de entrar en los problemas históricos que plantea la reconstrucción ciertamente artificial de los analistas con respecto al paso de la monarquía a la república en Roma y la crisis en la ciudad del Tíber del dominio etrusco; tan sólo quiero reseñar que Tito Livio califica el desastre de los *Fabii* en Cremera como un *familiaire bellum privato sumptu*.

La explícita composición de los contingentes que conforman este *bellum familiare* nos es descrita por Dionisio de Halicarnaso (IX, 15, 2) en otro pasaje que me van a permitir que les lea: «Mientras que el Senado estaba preocupado por estos dos problemas, los dos Fabios reunieron los miembros de su clan y, habiéndolos consultado, prometieron al senado que ellos asumirían voluntariamente la defensa de todos los ciudadanos en colaboración con sus clientes y amigos y que proseguirían el combate a sus propias expensas tanto tiempo como durara la guerra»; y más adelante se especifica: «los que Marco Fabio llevó con él al combate eran alrededor de cuatro mil, la mayor

parte de ellos eran clientes y compañeros (*pélaton kai hétairon*), mientras que los miembros de la *gens Fabia* eran trescientos seis».

Creo que estas referencias literarias son lo suficientemente explícitas como para no exigir un mayor detenimiento en este aspecto de los ejércitos de clanes gentilicios propios de la etapa orientalizante. Por el contrario, quisiera reseñar otros dos elementos, como el de la táctica militar o el de los objetivos de la guerra, que pueden completar el marco de referencia de la problemática que esbozamos durante este periodo.

De nuevo son los motivos iconográficos presentes en la cerámica etrusca la que nos ilustra concretamente sobre las tácticas de combate, que se conforma en base a auténticos duelos heroicos, a los que debemos interpretar como imagen atomizada de la guerra gentilicia y en fuerte contraste con la táctica propia de la guerra cívica. Un ejemplo de este tipo de duelos está constituido por un pequeño vaso de bucchero de Villa Giulia, en el que se representa el combate de un guerrero en carro contra un arquero que yace en el suelo.

Precisamente, las causas de este heroico combate aristocrático se recogen de forma puntual a través de la presencia del ganado en los motivos que completan el tema iconográfico de este vaso. Sin embargo, donde adquiere mayor ejemplificación está constituido por la decoración que se registra en determinados sarcófagos, como el de Sperandio de Perugia.

En éste, el frontal está decorado con escenas propias del banquete fúnebre; sin embargo, en los lados menores se representa una escena excepcional; se trata de una marcha a cuyo frente se encuentra un joven que porta la insignia: a continuación se encuentran representados tres prisioneros con barba, atados por el cuello (motivo iconográfico que se observa en las pinturas egipcias y en los relieves neohititas); le siguen dos mujeres y a continuación un conjunto de guerreros que portan el botín, en el que destaca el ganado conformado por cabras y bueyes.

Si se me permite, creo que los diversos elementos que conforman la guerra heroica, tal cual se nos describe en los poemas homéricos, pueden rastrearse en los diferentes aspectos que con anterioridad he reseñado, aunque en un mundo periférico y en un momento cronológicamente posterior. El proceso de consolidación de la aristocracia etrusca y de sus formas de organización gentilicia posee en la guerra un resorte esencial, en tanto en cuanto que la desigual distribución del botín fomenta las diferencias sociales; pero, al mismo tiempo, la actividad militar le permite controlar territorios y recursos, que les ofrecen los medios que atraen a la cultura orientalizante, de la que a la vez asumen aquellos elementos en este caso militares que fomentan su propia consolidación.

3. LOS EJÉRCITOS CÍVICOS

El final de la etapa orientalizante implica el desarrollo de importantes cambios en este tipo de ordenamiento y de prácticas guerreras. Dos hechos deben de tenerse especialmente en cuenta desde la perspectiva del marco histórico en el que se encuadran estas transformaciones; me refiero concretamente a la formación de la ciudad y a la problemática cuestión del expansionismo que protagonizaron.

La formación de la ciudad etrusca constituye, al igual que sus paralelos en el resto del Mediterráneo, un fenómeno de larga duración, que hunde sus raíces en el propio proceso formativo de la cultura etrusca, es decir, en la etapa villanoviana. Su aparición se gesta a través de los dos procedimientos que se encuentran tipificados en aquellas zonas del Mediterráneo, donde la ciudad no es producto de un proceso creador de carácter colonial, es decir, el sinecismo que provoca la fusión de

las realidades protourbanas, o el expansionismo de determinados centros que absorben aquellas unidades que logran subyugar.

Debemos pensar que ambos procedimientos debieron estar presentes en el mundo etrusco; pero, de cualquier forma, es precisamente el fenómeno sinecista el que se aprecia concretamente en Veyes, donde se constatan originariamente la existencia de tres necrópolis villanovianas (Grotta Grammiccia, Quattro Fontanilli y Valla della Fatta) correspondientes a otras tantas aldeas, que desaparecen en favor de la ciudad.

Este proceso no es uniforme y ha permitido apreciar diferencias regionales, cuya dinámica viene condicionada por la incidencia del factor colonizador; el producto, en cambio, posee ciertas características unitarias en tanto que da lugar a la formación de centros urbanos, con notable concentración de la población, destinados al consumo más que a la producción (de hecho no sabemos con seguridad si las actividades artesanales se encontraban ubicadas en el interior o en el exterior de estas ciudades), y caracterizados por la presencia de lugares de culto y defensas comunes; una peculiaridad de las ciudades etruscas con respecto al modelo arcaico y clásico de la polis griega reside, como anota M. Torelli (1984), en la inexistencia en su interior de edificios urbanos destinados a funciones políticas propias del senado o de las asambleas populares. Esta peculiaridad me parece lo suficientemente importante como para ser subrayada.

El segundo de los fenómenos que queremos reseñar, es decir, el supuesto expansionismo etrusco hacia el valle del Po y hacia la no menos fértil llanura campana, ha suscitado divergencias importantes en el actual estado de la investigación. El punto de partida está constituido por la tradición literaria antigua y más concretamente por el propio Plinio (*nat.* III 115), quien nos informa de que los etruscos habían conquistado el valle del Po y Campania y habrían fundado en la zona dos dodecapoleis a imagen y semejanza de las ya existentes en la Etruria propiamente dicha.

De forma sucinta, las dos observaciones que han permitido cuestionar esta visión de la tradición clásica están constituidas en el orden histórico por la demostración, como anota J. Heurgon (1970), de que la dodecápolis de la Etruria propiamente dicha, que habría servido de modelo a sus proyecciones expansionistas, se habría formado en una etapa relativamente tardía como es el s. VI a.C. siguiendo el modelo de la confederación milesia; y en el plano arqueológico, por la demostración, como anota M. Pallotino (1962), de que las ciudades que conforman las dodecapoleis campana y padana remiten a través de un desarrollo autónomo, en el que no existe un intervencionismo metropolitano, a las necrópolis villanovianas.

Este nuevo marco de referencias para el expansionismo etrusco no excluye la existencia de contactos entre las ciudades toscanas de la Etruria propiamente dicha y los centros del valle del Po y de Campania; concretamente, se ha podido demostrar la existencia de una clara relación entre Capua y la ciudad de Clusium. Precisamente en este contexto, Roma, sobre la isla Tiberina, en una ruta y sobre un vado natural, desempeñaba una posición estratégica.

El marco cronológico en el que se produce este «expansionismo» o mejor dicho estas intensificaciones de las relaciones tiene como punto de referencias los datos de la propia tradición literaria; ésta nos indican el 616 a.C. como el momento de inicio de la monarquía etrusca en Roma y el s. V y más concretamente el 474 con la derrota de la flota etrusca en Cumas y el 423, con la toma de Capua por los samnitas, como fecha de inflexión.

Es precisamente el s. V el que marca, de otro lado, la crisis de la presencia etrusca en el valle del Po, que se ve afectada por las emigraciones celtas de la segunda Edad del Hierro. La arqueología completa estas referencias cronológicas en el sentido de que la pavimentación del foro romano, siguiendo la cronología de Müller-Karpe (la de Gjerstard es más baja) remonta al periodo comprendido entre fines del VII y el 575 a.C.

Los móviles de este «expansionismo» o de esta intensificación de relaciones son esencialmente económicos y miran tanto hacia los intercambios con el mundo griego a través de sus respectivas colonias como a la Europa Central.

Dentro de estas coordenadas debemos enmarcar las peculiaridades que se observan tanto en el aspecto técnico como en el social en la conformación de los correspondientes «ejércitos cívicos». En el aspecto técnico el elemento que se documenta por doquier está constituido por la introducción de la panoplia hoplítica completa, es decir, por un tipo de armamento que, compuesto por casco, coraza, grebas y escudos, tiene en la lucha con lanzas en línea homogénea su razón de ser; se trata de un tipo de armamento que se ha ido conformando en el mundo griego en sus diversos elementos, como anota M. Detienne (1968), desde el periodo subgeométrico hasta el s. VII a.C.

Como hemos observado con anterioridad, la penetración de algunos de estos elementos y su uso por parte de la aristocracia se había producido durante el periodo orientalizante, pero se completa, como anota A.M. Snodgrass (1965), durante el s. VI, cuando se añaden al escudo de bronce, ya utilizado con anterioridad, los restantes elementos, que se constatan de forma completa hacia el 500 a.C.

El fenómeno queda registrado en la proyección que las correspondientes representaciones iconográficas poseen en relieves, estelas, bronce votivos, decoración de la cerámica, etc.; mencionaré a título de ejemplos las ilustraciones de esta panoplia que se observan en el ánfora pónica de Würzburg procedente de Vulci, los relieves de Chiusi conservados en el Museo de Berlín, las estelas de Volsini, o los bronce votivos de la Etruria interior.

Mayor relevancia por sus implicaciones sociales posee la introducción de la correspondiente táctica hoplítica; las divergencias historiográficas sobre el momento concreto de su introducción se ponen de manifiesto a propósito de la ciudad de Roma en la mera comparación de las consideraciones de M.P. Nilsson (1929) que la retrotrae al momento posterior al desastre de los *Fabii* en Cremera en el 477 a.C., con las de A.M. Snodgrass (1965) quien prefiere la época de Servio Tulio, es decir, un siglo antes.

Semejante espectro cronológico, suscitado por la diversidad de planteamientos historiográficos que ha suscitado la información relativa a las reformas servianas, debe considerarse asimismo como marco cronológico válido para las restantes ciudades etruscas, en las que se observa asimismo una diversidad en las formas, que asume dicha asimilación que se expone gráficamente en las correspondientes representaciones iconográficas.

Concretamente, A.M. Adam y A. Rouveret (1990) han realizado un estudio pormenorizado de las variantes, que se observan en las distintas ciudades etruscas en relación con la táctica hoplítica; una clara contraposición se constata, al margen de las peculiaridades iconográficas, entre los que podemos observar en el caso de Orvieto y de Spinna y el de Chiusi y Vulci.

En el caso de Orvieto se observa tanto en el dominio de la escultura funeraria como en el de la iconografía la presencia de una representación individual del guerrero en tanto que hoplita sin ningún tipo de interferencias ajenas a esta forma de «ejército cívico»; una situación parecida se testimonia en la llanura padana en la ciudad de Spinna.

En cambio, en Vulci se constata un modelo, permítanme que lo caracterice como sincretista, entre el ejército gentilicio y la táctica hoplítica, que puede observarse tanto en el paisaje funerario como en determinadas representaciones iconográficas; en las necrópolis, a partir de fines del VI, nos encontramos con la aparición de tumbas que se caracterizan por la presencia de la panoplia hoplítica completa, aunque rodeada por otra serie de tumbas en las que tan sólo se constata la presencia de puntas de lanza; tal ocurre en el caso de la «Tumba del guerrero», pero sobre todo en la gran tumba llamada «de los guerreros» descubierta en 1835.

Considero que este tipo de paisaje funerario guarda cierta relación con el tipo de combate que se constata en el ánfora pónica de Würzburg procedente de Vulci o en el relieve de Chiusi conservado en el Museo de Berlín, donde se observa la mezcla sin orden de tropas de caballería y de infantería hoplita en la lucha.

Semejantes contrastes deben explicarse en el contexto de las variantes que provoca la formación de la ciudad etrusca en el plano social; de hecho, se ha reseñado (Adam, A.M. - Rouveret, A. 1990) que a partir del s. VI Orvieto ha desarrollado una clase dirigente más igualitaria y más abierta que en el resto de las ciudades etruscas.

El contraste puede apreciarse en dos importantes pasajes recogidos por Livio y por Dionisio de Halicarnaso relativos respectivamente al ataque que Porsenna de Clusium realiza contra Roma y a la guerra contra Veyes; el analista latino pone en boca del héroe Horacio Cocles en su defensa del puente de madera que daba acceso a la ciudad la consideración de que el ejército etrusco sitiador estaba compuesto por «siervos de reyes tiránicos» (Liv. II 10); y, en la descripción de la guerra contra Veyes, Dionisio de Halicarnaso (IX 5, 4) afirma que los «los hombres más poderosos de toda Etruria habían venido trayendo a sus propios penestras».

En consecuencia, en el marco de las ciudades etruscas la formación de los «ejércitos cívicos», coetáneos del proceso expansivo o si prefiere a la intensificación de las relaciones comerciales, ha generado dos modelos claramente diferentes; en el primero de ellos la aceptación de la isonomía inherente a la ciudad antigua ha propiciado la introducción de un tipo de ejército que posee las plenas connotaciones de las formaciones hoplíticas. En cambio, en el segundo caso, que observamos en Vulci, Chiusi y en la propia Clusium, no se constata la presencia de un ejército cívico en el estricto sentido griego del término; parece más bien que, al aumentar las necesidades militares y ante la necesidad de sustituir el modelo gentilicio previamente existente, se instaura un ejército al servicio no del clan sino de la ciudad, pero en el que priman aún las relaciones personales de dependencia, que se proyectan en el mencionado paisaje funerario y en la convivencia en el combate de una panoplia militar completa junto a una táctica que en nada se relaciona con la formación cerrada adecuada a ella. En este contexto, la guerra sólo concierne a una parte de la clase dirigente de la ciudad, y este hecho explica por qué sólo una parte de la clase dirigente se define en función de los valores guerreros.

Llegados a este punto, creo que se impone para terminar hacer algunas anotaciones sobre el caso de Roma, y más explícitamente sobre las reformas servianas conectadas con la implantación en esta ciudad de un ejército cívico.

Dos precisiones previas son necesarias; ante todo, la artificialidad con la que se aborda el periodo de la Roma etrusca por parte de la tradición clásica en aspectos tales como el de sus límites cronológicos o el de la secuencia dinástica; sin embargo, ello no obsta para que su existencia deba ser aceptada incuestionablemente.

Me quiero centrar, por la propia temática que tratamos, en el ordenamiento censitario atribuido a Servio Tulio; también, en este aspecto se constata la artificialidad de la organización del cuerpo cívico en cinco clases censitarias, que nos han transmitido Cicerón (*De rep.* 2, 22, 39), Tito Livio (I 43) y Dionisio de Halicarnaso (IV 16); en realidad, ni el censo previsto, ni el número de centurias, ni el número de los inscritos en la primera clase censitaria, ni la valoración en ases que se nos transmite pueden ser considerados como adecuados a la realidad de la Roma del s. VI a.C.

Frente a este anacronismo, se poseen indicios de que existía un esquema más simple que el que nos transmiten las fuentes (Ampolo, C. 1988); en este sentido, A. Momigliano ha afirmado que «la propia tradición presupone una forma más simplificada de organización centuriada cuando se nos dice que la primera clase serviana era llamada *classis*, y las otras cuatro eran consideradas como *infra*

classem; en consecuencia, la explicación más fácil es la de concebir la existencia de una estructura simple, que comprendía la distinción entre *classis* hoplítica, caballería y los *infra classem*, es decir, contingentes que no podían permitirse la panoplia hoplítica».

La delimitación de esta *classis* en el contexto de la reforma serviana ha suscitado básicamente dos hipótesis diferenciadas; Plinio Fraccaro (1957) supone que estaba formada por las centurias de las tres primeras clases censitarias (40 + 10 + 10), lo que estaría destinado a constituir la estructura básica de la legión romana. En cambio, J.C. Richard (1977), propone la existencia de un ejército compuesto por una *classis* de 4.000 hombres, correspondientes a las 40 centurias de la primera clase, ayudado por los *infra classem*; la ventaja de esta última reconstrucción radica en hacer coincidir el criterio numérico de las 40 centurias con las cuatro tribus y en el menor número de hoplitas.

En cualquier caso, ambas teorías nos ofrecen esquemas confrontables con otros ejércitos hoplíticos; y, en relación con los dos modelos que genera en el mundo etrusco la aceptación de la panoplia hoplítica en el marco de la ciudad, el de Roma etrusca tal vez se aproxime más al sistema que hemos visto reflejado en el paisaje funerario de Vulci en el que las tumbas de los *infra classem* rodean la del jefe aristocrático investido de hoplita.

En conclusión, frente a los estereotipos elaborados por la tradición antigua y por la historiografía moderna, el mundo etrusco se nos presenta como una realidad heterogénea, en la que la formación de la aristocracia y su ulterior integración en los marcos cívicos propicia en ocasiones modelos políticos isonómicos adecuados a la difusión de la revolución hoplita, mientras que en otras el ejército heroico se adapta a la nueva realidad absorbiendo aquellos elementos, que le permiten reproducir su propio marco de relaciones sociales aunque en el ámbito de la ciudad; en ambos casos, la organización política corresponde a la propia organización militar adscrita a la aristocracia.

CRISTÓBAL GONZÁLEZ ROMÁN
Universidad de Granada
Facultad de Letras
Dpto. de Historia Antigua
Campus Universitario de Cartuja
18071 - Granada

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, A.M. - ROUVERET, A., 1990, «Les cités étrusques et la guerre au V^e siècle avant notre ère», en: *Crise et transformation des sociétés archaïques de l'Italie antique au V^e siècle av. J. C.*, Roma, pp. 327-356.
- AMPOLO, C., 1988, «La città riformata e l'organizzazione centuriata. Lo spazio, il tempo, il sacro nella nuova realtà urbana», en: *Storia di Roma*, Torino, pp. 203-239.
- DETIENNE, M., 1968, «La phalange. Problèmes et controverses», en: *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, pp. 69-91.
- FRACCARO, P., 1957, «La storia dell'antichissimo esercito romano e l'età dell'ordinamento centuriato», *Opuscula* II, Pavia, pp. 287 ss.
- GARLAN, Y., 1972, *La guerre dans l'Antiquité*, Paris.
- HEURGON, J., 1957, «L'état étrusque», *Historia* 6, pp. 63-97.
- HEURGON, J., 1970, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capoue préromaine*, Paris.
- JANNOT, J.R., 1985, «Les cités étrusques et la guerre. Remarques sur la fonction militaire dans la cité étrusque», *Ktema* 10, pp. 127-141.
- MANSUELLI, G. - SCARANI, R., 1968, *L'Emilia prima dei Romani*, Milano.
- NILSSON, M.P., 1929, «The introduction of Hoplite tactics at Rome», *JRS* 19, pp. 1-11.

- PALLOTINO, M., 1962, «Gli Etruschi nell'Italia del Nord», en: *Hommages à A. Grenier*, Bruxelles, pp. 1207-1216.
- RICHARD, J.C., 1977, «*Classis-infra classem*», *RPh* 51, pp. 229-236.
- RICHARD, J.C., 1989, «L'affaire du Cremere: recherches sur l'évolution et le sens de la tradition», *Latomus* 47, pp. 312-325.
- SAULNIER, Ch., 1980, *L'armée et la guerre dans le monde étrusco-romain (VIII^e-IV^e s.)*, Paris.
- SNODGRASS, A.D., 1965, «The Hoplite Reform and History», *JRS* 85, pp. 110-122.
- TORELLI, M., 1984, *Storia degli Etruschi*, Roma-Bari.
- TORELLI, M., 1987, *La società etrusca. L'età arcaica, l'età classica*, Roma.
- TORELLI, M., 1988, «De la aristocracia gentilicia al nacimiento de la plebe», en: *Storia di Roma I: Roma in Italia*, Torino, pp. 241-261.